

# El Museo Arqueológico Municipal de Cartagena y sus antecedentes históricos

The Museo Arqueológico Municipal de Cartagena and its historical background

**Miguel Martín Camino**<sup>1</sup> (museoarqueologicocartagena@gmail.com)  
Museo Arqueológico Municipal de Cartagena «Enrique Escudero de Castro»

**Resumen:** Algunas de las colecciones que custodia el actual Museo Arqueológico Municipal de Cartagena derivan del siglo XVI, fecha en la que algunos eruditos mostraron fascinación por custodiar las antigüedades de la ciudad, un encanto que se mantuvo durante siglos siguientes. Estos hechos nos sirven de marco para este trabajo donde queremos esbozar una breve historia del Museo.

**Palabras clave:** Colecciones antiguas. Museología. Epigrafía latina. Historiografía. Murcia.

**Abstract:** Some of the collections kept at the Museo Arqueológico Municipal de Cartagena date from the XVI century, a time from which some scholars showed fascination for keeping the antiques of the city, a charm which has been maintained throughout the following centuries. These facts serve as a framework for this work where we want to outline a brief history of the museum.

**Keywords:** Olds collections. Museology. Latin epigraphy. Historiography. Murcia.

---

Museo Arqueológico Municipal de Cartagena «Enrique Escudero de Castro»  
C/ Ramón y Cajal, 45  
30204 Cartagena (Murcia)  
museoarqueologicocartagena@gmail.com  
<http://www.museoarqueologicocartagena.es>

<sup>1</sup> Jefe de Museos y Arqueología. Ayuntamiento de Cartagena.

Durante siglos, los habitantes de Cartagena se han acostumbrado a convivir con las reliquias de su antigua urbe, algo que los visitantes que llegan a la ciudad no tardan en descubrir. La veneración que sienten por su pasado histórico trasciende a su propia idiosincrasia y se manifiesta no sólo en el ambiente de sus calles, sino en su pulso cultural y hasta en sus festejos.

Probablemente el Museo Arqueológico Municipal exprese como ningún otro, ese vínculo con la historia, materializando a través de sus colecciones la implicación que la ciudad ha tenido con su pasado. Fundado el 24 de octubre de 1943, el germen de sus colecciones se remonta, sin embargo, varios siglos atrás, aunque será a mediados del siglo XVIII, coincidiendo con las importantes obras que la Corona llevó a cabo en la ciudad para convertirla en base naval, cuando anticuarios y eruditos locales, guiados por su encanto por las antigüedades, alientan la organización de una colección arqueológica estable. Empeño que, aunque casi siempre derivó en conatos, no impidió que su actividad quedase registrada en las crónicas de algún viajero ilustrado que visitó Cartagena.

Las primeras referencias arqueológicas pueden descubrirse desde fines del siglo XV y se prolongan durante los siglos siguientes en los *corpora* epigráficos de eruditos, tanto extranjeros como nacionales, donde registraron cuantas antigüedades observaban en sus recorridos por diferentes lugares de la geografía hispana. En los manuscritos de esos escritores que pasaron por Cartagena, como Michele Ferrarino (1477), Diego López de Zúñiga (1520), Ambrosio de Morales (1575), Abraham Bibrano (1603), o el conde de Lumiares (1781), por citar algunos, encontramos interesantes detalles de la epigrafía romana de la ciudad.

En esa nómina de ilustrados aparece el valioso testimonio del humanista y erudito murciano Francisco Cascales, quien hacia 1598 en su *Discurso de la Ciudad de Cartagena*, tras indicar que la ciudad estaba llena «de piedras escritas por los romanos» y reproducir algunos de esos epígrafes en su estudio, dejó constancia de la existencia de una colección arqueológica que Sancho Dávila y Toledo, obispo de la diócesis de Cartagena, custodiaba en el patio de la llamada *Casa de los Cuatro Santos*<sup>2</sup> entre los años 1591 y 1600:

«no hago mención de más piedras ni trato de otras antiguallas que con gran curiosidad y noble celo tiene recopiladas el meritísimo obispo [...] Las cuales ha encarado y puesto en el frontispicio de la puerta y por dentro corresponden las interpretaciones de esta abreviada letras» (Rubio, 1998: 25 y 34).

Este conjunto epigráfico, mantendría una estabilidad que se prolongaría casi durante cuatro siglos, hasta terminar incorporándose al actual Museo Arqueológico Municipal, enalteciendo su rico repertorio epigráfico, lo que nos otorga la potestad de reivindicar la memoria de esos orígenes.

A través de otros eruditos locales, como Fulgencio Cerezuela (1726), o Nicolás Montanaro (ca. 1740-1750), sabemos que la colección de Sancho Dávila permaneció en ese mismo lugar de la *Casa de los Cuatro Santos* hasta fines del siglo XVIII. Fue en 1797 cuando el marino e historiador José Vargas Ponce –miembro de la Academia de Bellas Letras de San Fernando y

<sup>2</sup> En la tradición histórica de Cartagena, este edificio, del que ya no queda más que la memoria popular, fue en el siglo VI d. C. la residencia del duque Severiano (progenitor de San Fulgencio, Santa Florentina, y de los arzobispos de Sevilla San Leandro y San Isidoro), tras la conquista bizantina de la ciudad huiría a Sevilla.

de la Real Academia de la Historia—, por mediación de su amigo y regidor de la ciudad, Justo Riquelme Salafranca, propuso que aquella colección epigráfica se reubicase en el Palacio Consistorial. El fin de esta iniciativa, asumida por las autoridades municipales, con el compromiso de enriquecer la colección con otras inscripciones antiguas que se fueron extrayendo de los muros de diversas edificaciones de la ciudad en los que estaban alojadas:

«era hacer una Colección de sus Inscripciones en las galerías del Ayuntamiento, para que allí custodiadas debidamente, las gozasen los sabios y el público con decencia y comodidad»<sup>3</sup>.

Con este discurso, los epígrafes se emplazaron en diversas estancias del Palacio Consistorial, donde permanecieron durante casi cien años. En el transcurso de ese tiempo, la colección pudo ser contemplada por los ciudadanos así como por otros investigadores, quienes de nuevo, fueron dejando sus notas en otras tantas publicaciones. Entre esos estudiosos, la visita más ilustre fue la que en 1860 realizó el epigrafista alemán Emil Hübner. Unos años más tarde, en 1889, también visitó las galerías del Ayuntamiento el arqueólogo e historiador Rodrigo Amador de los Ríos —en aquél tiempo ayudante en el Museo Arqueológico Nacional—, transmitiéndonos, además, una puntual y fiel stampa del estado del edificio y de su colección:

«demandado a la ciudad nueva y más decorosa fábrica, levantase el edificio insignificante y no del mejor gusto, donde se hallan a la par establecidas las Casas Consistoriales y la Aduana; y seguramente, lector, pasarías indiferente por delante de esta construcción, si en ella no supieras que no con el más discreto acuerdo se guarda las reliquias epigráficas en que ensayaron con otros muchos, Ambrosio de Morales, Cascales, Montanaro, Soler y el Conde de Lumiares sus estudios respecto de la antigua grandeza de la Cartago Spartaria» (Amador, 1889: 547-548).

En ese tiempo también hay que evocar a Juan de Dios de la Rada y Juan de Malibrán, ambos comisionados por el Ministerio de Fomento, y llegados a Cartagena en 1870 con el encargo de seleccionar e incorporar objetos históricos a las colecciones del Museo Arqueológico Nacional, creado en 1867. El Ayuntamiento de Cartagena, a través de Adolfo Herrera, quien en 1868 había sido comisionado por la ciudad para el descubrimiento y conservación de los monumentos arqueológicos, surtió a la delegación de un conjunto de piezas que él mismo había guardado durante el tiempo en que había prestado sus servicios. El conjunto de objetos arqueológicos se completó además con algunos de los epígrafes del Palacio Consistorial (Rada, y Malibrán: 1872: 53-63).

Pocos años después, el vetusto edificio del Ayuntamiento, que a duras penas había logrado subsistir desde mediados del siglo xvii tras sucesivas restauraciones, comenzó a ser desmantelado. Su derribo, empezado a finales de 1893, aparentemente se inició sin solventar el destino de la colección epigráfica, originando el extravío de algunas de las inscripciones entre los escombros del edificio, un suceso que ha sido abiertamente censurado por parte de la historiografía arqueológica (Abascal, y Ramallo, 1997: 24-25).

<sup>3</sup> Colección Vargas Ponce en la Real Academia de la Historia, t. II, f. 282 (VICENT, 1889: 589).



Fig. 1. Antigua plaza de Santa Catalina, con el Palacio Consistorial a la izquierda.

A pesar del incidente, la decisiva intervención de la Real Academia de la Historia, auxiliada por un grupo de eruditos locales, terminaría consiguiendo que la colección epigráfica se trasladase a la Sociedad Económica de Amigos del País de Cartagena.

En los salones de esta institución, fundada en 1833, y gracias al respaldo de un grupo de personas enamoradas de la historia, se había constituido en torno a 1868 un gabinete de antigüedades:

«Es incalculable la cantidad de estas antigüedades ya llevadas al extranjero, ya diseminadas entre particulares, o lastimosamente destruidas. Cartagena hubiera podido reunir sin coste alguno y solo merced a algún cuidado, un curiosísimo museo arqueológico minero. Íntimamente convencido de cuán fácil sería y de las ventajas que resultarían para la historia y la ciencia, aproveché una reunión habida con otro objeto, para escitar vivamente en este sentido el celo e ilustración de las personas allí presentes, logrando que aceptada la idea se dedicase inmediatamente un local a propósito» (Botella y Hornos, 1868: 153 n.º 2).

En definitiva, a partir de 1894 la colección epigráfica del Ayuntamiento quedaría depositada en ese improvisado Museo de la Económica junto a las colecciones de que ya disponía, formadas en su mayor parte por donaciones de algunos socios –ingenieros de minas o accionis-



Fig. 2. Museo de la Sociedad Económica de Amigos del País de Cartagena (según M. González Simancas, 1905-1907).

tas y propietarios de concesiones mineras—, concretadas muchas de ellas en objetos antiguos vinculados a las labores mineras romanas procedentes de los hallazgos originados por la reactivación de la minería en la sierra de Cartagena-La Unión a partir de mitad del siglo XIX. Una estampa realmente fidedigna de este Museo de principios del siglo XX se expone en el *Catálogo Monumental* de González Simancas, quien dejó una relación de los objetos más significativos que allí se custodiaban (González-Simancas: 1905-1907: 266 y ss.). Algunas fotografías de las piezas *más relevantes* de aquella colección fueron expuestas en la Exposición Iberoamericana que se celebró en Sevilla entre mayo de 1929 y junio de 1930.

Aunque entre medias y tras la construcción del moderno Palacio Consistorial hubo alguna tentativa por establecer allí un nuevo museo, el de la Sociedad Económica debió permanecer inalterable hasta principios de la década de los 40 del siglo XX, si bien en proceso de paulatina dejadez. Es revelador, en este sentido, el testimonio de Adolf Schulten, arqueólogo alemán y visitante habitual de la ciudad, quien había conocido el Museo en su mejor etapa, y que sorprendido se lamentaba, a través de una nota publicada en la prensa local en 1935 del penoso cambio que había sufrido:

«deseo y espero que cuando vuelva a Cartagena, ciudad que me atrae por su historia antigua, el Museo Arqueológico que tan preciosos monumento atesora, será un verdadero museo y no un depósito de interesantes escombros»<sup>4</sup>.

Después no conocemos ninguna reseña más y no será hasta el período de posguerra cuando, como ya se ha dicho, se funda el Museo Arqueológico Municipal que hoy conocemos.

Su creación fue impulsada por Antonio Beltrán Martínez, llegado a Cartagena para cumplir el servicio militar en 1943, una vez acabados sus estudios universitarios. Beltrán, contó con el apoyo de la corporación municipal y encontró a su mejor valedor en su teniente de alcalde, Emeterio Cuadrado, ingeniero de caminos y buen aficionado a los estudios arqueológicos. Asimismo, otro apoyo decisivo en esta andadura lo prestó el estamento militar, omnipresente en la vida cívica, en este caso encarnado por el almirante Francisco Bastarache y Díez de Bulnes. Finalmente, el Museo Arqueológico Municipal quedaría inaugurado de manera oficial el 24 de octubre de 1943.

<sup>4</sup> «Impresiones de un hispanófilo», diario *La Tierra*, Cartagena, 14 de marzo de 1935.



Fig. 3. Inauguración del Museo Arqueológico Municipal de Cartagena, abril de 1943. A la izquierda de la imagen Antonio Beltrán Martínez y en el centro el almirante Francisco Bastarache y Díaz de Bulnes.

El desfigurado Museo de la Económica, con sus mismas colecciones, había sido el punto de partida de este redivivo Museo, ahora auspiciado por las autoridades municipales e instalado, aunque con algunas reformas, en el mismo local. Al mismo tiempo se ejerció una importante labor de difusión y concienciación a través de cursos y conferencias que incentivaron la entrada de nuevos fondos, casi todos por donaciones particulares y de procedencia heterogénea. También, casi simultáneamente, quedó constituida una Junta Municipal de Arqueología, integrada por eruditos y estudiosos locales que promovió la publicación del *Boletín Arqueológico del Sudeste Español* (BASE) a la que siguieron los Congresos Arqueológicos del Sudeste Español (CASE). La notoriedad de estos encuentros hizo que tan sólo unos años después adquirieran carácter nacional, convirtiéndose en 1949 en los Congresos Nacionales de Arqueología que con periodicidad bianual se fueron celebrando por distintos puntos de la geografía española y que perduraron hasta el año 2003, poco antes del fallecimiento de Antonio Beltrán, verdadero *alma mater* de estos encuentros.

En cuanto al Museo, el gradual incremento de sus fondos generó la necesidad de un nuevo espacio museístico, con mayor amplitud, que diese cabida a los nuevos ingresos de materiales. Así, se reformó un antiguo local –en la desaparecida calle Baños del Carmen– que se inauguraría como nueva sede del Museo en 1945. Este centro contaba con diversas salas destinadas a la exposición permanente y aseguraba una distribución más racional de su contenido.



Fig.4. Salas del Museo Arqueológico Municipal en calle Baños del Carmen hacia 1965.

Esta primera etapa de vida del Museo tendría su epílogo en el año 1949, con la partida de Antonio Beltrán a la Universidad de Zaragoza tras obtener la Cátedra de Arqueología, Epigrafía y Numismática. Su lugar fue ocupado en 1950 por el prehistoriador Francisco Jordá Cerdá quien venía del Servei d'Investigació Prehistòrica de la Diputació de València. Su paso por el Museo fue efímero ya que en 1952, partiría a Oviedo tras ser nombrado director del Servicio de Investigaciones Arqueológicas de la Diputación Provincial de Asturias. Su etapa en Cartagena se ha retratado a veces como apática pero habría que justificar que Francisco Jordá, por sus ideas republicanas, fue encarcelado por el régimen franquista hasta 1943, después de habersele conmutado su pena de muerte, por lo que su estancia en una ciudad de marcado carácter castrense no debió ser afable.

Tras un vacío de varios años, en 1954, la gestión fue a pasar a Pedro Antonio San Martín Moro, un joven arquitecto con experiencia en arqueología, apadrinado por Julio Martínez Santa-Olalla, comisario general de Excavaciones. Pedro A. San Martín, acababa de llegar a Cartagena desde su ciudad natal, Valladolid, tras obtener la plaza de arquitecto en la Delegación de Hacienda de Cartagena. Su introducción en el mundo de la arqueología había venido de la mano del profesor Cayetano de Mergelina, catedrático de Arqueología de la Universidad de Murcia desde 1952 aunque anteriormente, desde 1925, había ocupado ese mismo puesto en la Universidad de Valladolid, donde ambos se habían conocido.

Pedro San Martín, inició una afanosa actividad arqueológica en la ciudad y comarca de Cartagena como comisario local de Excavaciones Arqueológicas. Además, desde 1963, fue



Fig. 5. Vista general de las salas del Museo Arqueológico Municipal de Cartagena.

designado arquitecto de la Séptima Zona de la Dirección General de Bellas Artes, dirigiendo la restauración de monumentos de la geografía regional (García, 2013).

En cuanto al Museo y como fruto del incremento de ingresos procedentes de las actuaciones arqueológicas, se hizo necesario acometer en 1965, una importante renovación de sus instalaciones.

Unos años después, en 1967, el hallazgo de una necrópolis paleocristiana en el barrio de San Antón alentó la posibilidad de compatibilizar la propuesta de protección de la necrópolis con un proyecto de nuevo Museo elaborado por San Martín que comenzó a construirse en 1973. El edificio se proyectó ordenado en dos plantas alrededor de un espacio central, ocupado por la necrópolis quedando integrada en el mismo Museo, que además se dotó de una construcción destinada a acoger un Centro de Investigaciones y espacios para conservar las colecciones. La inauguración de esta nueva sede se hizo coincidir con la celebración, en 1982, del XVI Congreso Nacional de Arqueología. Y años más tarde y raíz del XXIV Congreso Nacional de Arqueología organizado en Cartagena en 1997, el Museo experimentó una nueva transformación.

La transferencia de competencias a las Comunidades Autónomas en 1984 y la revitalización del casco urbano de la ciudad acrecentó las intervenciones arqueológicas en la ciudad y, por consiguiente, el número de las colecciones del Museo, integrado actualmente en el Sistema Regional de Museos por lo que se ha constituido el eje de las intervenciones arqueológicas de Cartagena y comarca.